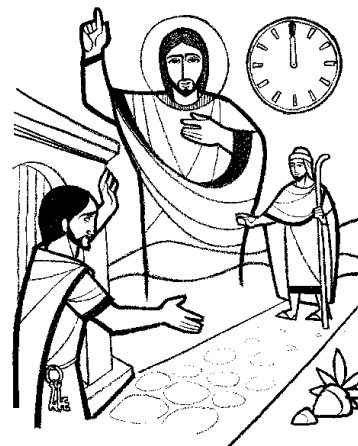


Domingo I de Adviento

(ciclo B)

3 de diciembre de 2023



I. Notas exegéticas

Isaías 63, 16b-17. 19b; 64, 2b-7

¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!

El pasaje que nos ocupa en la liturgia de este día pertenece a lo que se ha denominado la tercera parte del libro de Isaías, en la que ya no encontramos el oráculo de un profeta individual, sino una profecía de escribas que, sobre la base de los primeros 55 capítulos, ya convertidos en obra literaria, interpreta la Palabra de Dios para iluminar la situación en la ciudad de Jerusalén cuando los persas los dominaban (s V a.C.); la reflexión ocurre seguramente en la provincia de Jehud. Por aquel entonces los habitantes anhelaban la restauración de su pueblo, de la ciudad santa y del templo tras haber vuelto del destierro en Babilonia. Sin embargo, la realidad que enfrentaban era completamente desastrosa: muchos pequeños campesinos de la provincia persa de Jehud fueron obligados a empeñar sus hijos e hijas, sus campos, viñas y casas, e incluso vender algunos niños como esclavos. El anuncio profético de una liberación de la esclavitud nos permite comprender la situación extremadamente precaria de la comunidad judía de aquel entonces.

En medio de este contexto social y religioso del regreso del exilio, en un proceso aún precario de reconstrucción, aparece el pueblo orante que eleva una lamentación y un reclamo a Dios para que cambie su suerte. Esta plegaria de lamentación inicia con una retrospectiva histórica en la que reclaman a Dios que se ocupe de ellos como su padre, reconocen su pecado y su maldad pero suplican así mismo una intervención directa de Dios que transforme su sufrimiento en gozo.



El pueblo llama a Dios padre y redentor, están convencidos de que Dios actúa en ellos como el único Dios verdadero y en él esperan, por ello ofrecen obrar con gozo la justicia. El pueblo pide a Dios que se convierta de su comportamiento hacia ellos: “vuelve, por amor a tus siervos”, “ojalá rasgaras el cielo y descendieras, para apartar nuestras culpas”.

Quienes oran a través de esta lamentación no confían en ellos mismos, debe ser Dios quien vuelva y, como buen alfarero, los moldee de nuevo; finalmente son obra de sus manos.

Salmo 79, 2ac y 3b. 15-16. 18-19

Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve

El salmo 79 es una plegaria que combina lamentación y súplica a Dios ante la invasión de los enemigos de Israel que se acercan por el norte del país. El pueblo es representado bajo la figura de una viña, propiedad de Dios, a la cual ha venido protegiendo con amor. Pero esa viña no respondió al amor del Señor y por eso Él la abandonó, la dejó en manos de sus enemigos que derribaron sus muros, la incendiaron y la devastaron.

El canto va dirigido a las tribus del centro de Israel: la de José (Efraín y Manasés) y la de Benjamín, que están pasando por un momento de grave peligro de extinción; por ello el salmista pide a Dios que convierta sus corazones al mismo tiempo que Él (Dios) se vuelva hacia ellos (su pueblo). Es un salmo de transformación, no en línea penitencial, sino de nueva creación, de cambio de mentalidad y de vida, dejar transformar el pensamiento para luego cambiar el estilo de vida.

El salmista pide a Dios, Pastor de Israel, que gobierne a su pueblo acordándose de que siempre lo ha guiado y fijándose, sobre todo, en las tribus de José y Benjamín; pero lo hace dando a entender que quizás Dios por algún tiempo se ha desentendido de su pueblo, por eso le ruega una y otra vez “escucha a tu pueblo”.

El orante se encuentra en el templo de Jerusalén, lugar de la presencia de Dios, con los querubines de alas extendidas sobre el arca y el propiciatorio, desde allí le pide a Dios que resplandezca, que se revele como luz para el pueblo, que cambie su aparente ausencia y actúe de un modo creador ofreciendo nueva vida a los israelitas.



1 Corintios 1, 3-9

Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo

Pablo se encuentra en la ciudad de Éfeso, hacia el año 52; allí le llegan noticias de la comunidad de Corinto donde había permanecido algún tiempo fundando la comunidad que tantos trabajos le dio durante su vida misionera. Para seguir cultivando la fe de la comunidad se desarrolla todo un proceso de formación a través de un numeroso intercambio epistolar (algunos hablan de cerca de seis cartas, o tal vez más, que tenemos hoy día compendiadas en sólo dos). El texto que nos ocupa es parte del saludo de la que conocemos como la Primera Carta a los Corintios. Ya desde el saludo, Pablo va planteando la respuesta que va a dar a las diferentes situaciones problemáticas de las que se ha ido enterando, por las que atraviesa esta comunidad.

Lo primero que destaca Pablo es la fuerza y la centralidad de la acción de Dios en ellos. Mediante las palabras “gracia” y “paz” refiere el don gratuito de Dios Padre a través de nuestro Señor Jesucristo que actúa de manera benevolente y gratuita en favor de ellos.

Lo segundo que destaca Pablo es la fidelidad de Dios en su intervención a favor del pueblo, tanto en el pasado como en el presente y como en su futuro; en el pasado porque Dios ya se ha manifestado entre los corintios y les ha dado su amor y su bondad; en el futuro porque Dios confirmará irreprensibles a los corintios hasta el final, hasta el día de nuestro Señor Jesucristo (su segunda venida), como lo desea Pablo; y en el presente porque es Dios el que llama a todos a la comunión con su Hijo Jesucristo. Esta toma de conciencia que hace Pablo, del actuar de Jesús en ellos, prepara ya a los lectores para el primer tema que tratará en esta carta, el problema de los partidos o divisiones en Corinto, los cuales van precisamente en contra de esa unidad de Cristo.

Marcos 13, 33-37

Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa

El capítulo 13 del evangelio de Marcos contiene un discurso escatológico de Jesús, el estilo literario es el apocalíptico; con visiones, símbolos y escenas que impresionan a cuatro de sus discípulos, Pedro, Andrés Santiago y Juan, a la fidelidad y esperanza en tiempos de conflicto, tanto internos (producidos por los falsos maestros y profetas) como externos (producidos por la persecución del poder político de turno).



La escatología se ocupa de la venida del Señor quien, según los profetas, vendrá a convocar al “resto de Israel” de corazón humilde y a purificarlo para que sea germen de un nuevo pueblo. Jesús con su encarnación inauguró este tiempo escatológico. Sin embargo, la plenitud de la salvación sólo llegará cuando por segunda vez el Hijo del hombre venga con gloria entre las nubes del cielo.

El capítulo 13 habla de varios sucesos a la vez: la destrucción de Jerusalén y del templo, que ocurrió hacia el año 70 d C.; la segunda venida del Señor y el fin del mundo; la persecución de la comunidad y su fidelidad al mensaje de Jesús.

El capítulo se puede comprender en cuatro partes: la introducción, con las preguntas que fijan el contenido: cuándo ocurrirá y cuál será la señal (13, 1-4); Jesús responde a la pregunta sobre la señal (13, 5-23) y luego sobre el tiempo (13, 24-27) y la conclusión, con comparaciones y sentencias que ilustran las respuestas de Jesús (13, 28-37).

Este texto es justamente la parte final del discurso escatológico de Jesús en el que concluye con dos comparaciones y, entre ambas, tres afirmaciones que complementan su respuesta sobre el cuándo será el fin del mundo y cuál será la señal. Con la comparación de la “higuera” Jesús pide discernimiento frente a los signos de la historia; con la del “dueño de la casa” que se va de viaje, pide vigilancia y responsabilidad en las tareas encomendadas, porque no se sabe cuándo regresará; por tanto, hay que vivir atentos y en la oración para no caer en la tentación del abandono y la traición.

Con las tres sentencias Jesús se refiere a la relativa inmediatez de la intervención de Dios, a la realización cierta de lo anunciado y al conocimiento que sólo el Padre tiene sobre el día y la hora en que todo esto ocurrirá. La certeza del discípulo es que su Señor, porque ya venció al mundo, siempre está con los suyos, por lo que no hay cabida para la angustia y el miedo, sólo cabe la responsabilidad en el trabajo por el Reino.



II. Pistas homiléticas

- Comenzamos este domingo un nuevo tiempo litúrgico, un nuevo año, y con él se renueva la esperanza del corazón, fortalecemos nuestros deseos de servirle mejor a través de nuestro estilo de vida y preparamos el corazón para recibir su gracia y su bondad por los méritos de su divina infancia.
- Para vivir el espíritu del adviento las lecturas nos sugieren tres actitudes: súplica (primera lectura), admiración por los bienes recibidos (segunda lectura) y vigilancia (evangelio). Nos unimos a la súplica del pueblo de Israel que desea que Dios rasgue el cielo y descienda, actúe de manera directa y transformadora en medio de nuestras situaciones de dolor y de sufrimiento.
- Nos unimos a San Pablo y a la comunidad que vive en Corinto y tomamos conciencia de la gracia y la paz que trae Jesús resucitado a cada uno de nosotros en la vivencia de los sacramentos y nos disponemos, al mismo tiempo, en perspectiva de futuro, anhelando que Jesús vuelva por segunda vez. Leemos nuestra historia, como lo hace Pablo, descubriendo la presencia de Dios en nuestra vida y en el hoy de nuestra existencia.
- En el evangelio escuchamos a Jesús que nos reclama el cumplimiento cabal de nuestros deberes, de la tarea que se nos ha confiado, es decir, nuestra vocación; descubriendo luces y sombras, triunfos y fracasos, avanzamos con la serena certeza de que Jesús vendrá en el momento que menos lo esperamos, por ello estamos despiertos, en vela para recibirle cuando Él venga.
- Con ocasión de este nuevo Año Litúrgico, nuestra arquidiócesis de Bogotá nos pide prepararnos para la gran salida misionera del año 2024. De adviento a cuaresma tenemos ocasión para disponer nuestras parroquias y comunidades, en las que hemos ya identificado las semillas de esperanza que deben ser sembradas para producir gran fruto en el Señor resucitado.



III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Al inicio del Año Litúrgico, en el primer domingo del tiempo de adviento, el Señor Jesucristo nos llama a prepararnos para recorrer el trayecto de 2024 hacia las periferias territoriales y existenciales de nuestra Iglesia arquidiocesana. Allí mismo donde Él sembró las semillas de la esperanza que contienen en sí la fuerza de la vida, el germen de la paz.

Nuestro Salvador no solo nos mira con misericordia en nuestra fragilidad, sino que cuenta con nosotros y nos enriquece en el hablar y en el saber para que, con nuestra presencia, testimonio y espíritu misionero, salgamos al encuentro de sus predilectos como mensajeros de amor y de servicio. Pidámosle al Espíritu de Dios que haga su obra en nosotros para que participemos con fruto en la mesa de la Palabra y de la Eucaristía.

Monición a las lecturas

El camino del discípulo misionero es desafiante, más aún cuando las tinieblas que traen las guerras se ciernen a nuestro alrededor y la mente de los pueblos se enceguece por el odio, el fanatismo y el rencor.

Hoy, en la mesa de la Palabra, el Señor Jesús instruye a su Iglesia en el camino discipular misionero, teniendo en cuenta que hay que salir y ponerse a caminar, no en soledad, sino en sinodalidad, es decir, juntos; no a tientas, sino despiertos, atentos y vigilantes porque Dios sale al paso del que busca la justicia y se hace el enconradizo en el rostro de todos los que claman misericordia. Escuchemos.



Oración de fieles

Presidente

Elevemos nuestra súplica confiada a Dios Padre, quien en su Hijo nos ha salvado y comunicado su Espíritu de vida.

R. Padre misericordioso, escúchanos.

1. Padre bueno, de tu amor infinito e incondicional brota la esperanza que sostiene y anima el camino de tu Iglesia; te agradecemos por nuestros pastores y por todas las personas que llevan la alegría del evangelio a los confines de la tierra, concédeles permanecer como testigos fieles de tu Hijo amado.
2. Padre santo, las semillas de tu Palabra germinan en los corazones de hombres y mujeres que buscan la justicia y son artesanos de la paz; que la gracia de tu santo Espíritu inspire a los gobernantes de las naciones en la búsqueda de la reconciliación, el encuentro solidario y el cuidado de la casa común.
3. Padre compasivo, que nos miraste con misericordia desde el instante en que nos creaste a imagen y semejanza de la Trinidad santa, ayúdanos a permanecer vigilantes y a prepararnos para reconocer, acompañar y servir generosamente a quienes están en las periferias de la existencia, de la sociedad y de los territorios.
4. Padre justo y sabio, en ti vivimos, nos movemos y existimos, porque siempre estás con nosotros y nos diste a tu Hijo amado como maestro y salvador; en el trayecto de este nuevo Año Litúrgico concédenos la gracia de permanecer y perseverar en el camino discipular misionero, para sembrar la esperanza, cultivar la fe y cosechar la caridad.

Presidente

Padre misericordioso, movidos por el impulso del Espíritu Santo, en la gratitud, la súplica y la alabanza, te confiamos nuestra oración junto con las intenciones y anhelos que llevamos en el corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor.



IV. Sugerencias litúrgicas

Monición a la bendición de la corona de adviento

(Inmediatamente después del saludo inicial o cuando se considere oportuno)

Al comenzar el nuevo Año Litúrgico bendecimos la corona de adviento. Sus luces nos recordarán que Jesucristo es la luz del mundo. Su color verde es signo de vida y esperanza. La corona de adviento es el símbolo del triunfo de la luz y la vida sobre las tinieblas y la muerte, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre y nos ha dado la vida verdadera.

Al encender semana tras semana los cuatro cirios de la corona, simbolizamos nuestra gradual preparación para recibir la luz de la navidad. Por eso hoy, primer domingo de adviento, bendecimos esta corona y encendemos su primer cirio. Quienes hayan traído sus coronas de adviento se pueden acercar para la bendición.

Oración para bendecir la corona de adviento

La tierra, Señor, se alegra en estos días y tu Iglesia desborda de gozo ante tu Hijo que se acerca como luz esplendorosa que vence las tinieblas y resplandece como luz en lo alto del monte. Te pedimos ahora que, al empezar el tiempo de preparación para la venida del Mesías, bendigas esta corona de Adviento con sus cuatro luces ✠ ; que, mientras se acrecienta el esplendor de esta corona, dispongas nuestros corazones para acoger al Salvador del mundo, alegría del que cree, esperanza del que espera y dicha de los hijos de Dios. Amén.

Oración para encender la primera luz de la corona

Señor Jesucristo, en ocasiones nos encontramos en escenarios que contradicen la dignidad de la persona humana, situaciones de injusticia que privan a los hermanos de las condiciones más elementales para vivir; al encender este primer cirio de la Corona de Adviento te pedimos que tu Evangelio sea la luz que nos ilumine para descubrir tu presencia en la persona de los hermanos y para reconocer tu salvación en los signos esperanzadores de nuestra historia. Concédenos la gracia de una esperanza alegre para ser ante los hombres testigos de tu Reino mientras aguardamos tu venida. ¡Ven, Señor Jesús!

